

HISTORIA DEL ABENCERRAJE

Y LA HERMOSA JARIFA,
POR ANTONIO DE VILLEGAS.

Dice el cuento, que en tiempo del infante don Fernando, que ganó á Antequera, fué un caballero que se llamó Rodrigo de Narvaez, notable en virtud y hechos de armas. Este, peleando contra moros, hizo cosas de mucho esfuerzo, y particularmente en aquella empresa y guerra de Antequera hizo hechos dignos de perpetua memoria: sino que esta nuestra España tiene en tan poco el esfuerzo (por serle tan natural y ordinario) que le parece, que cuanto se puede hacer es poco: no como aquellos romanos y griegos, que al hombre que se aventuraba á morir una vez en toda la vida, le hacian en sus escritos inmortal, y le trasladaban á las estrellas. Hizo pues este caballero tanto en servicio de su ley y de su rey, que después de ganada la villa, le hizo alcaide della, para que, pues habia sido tanta parte en ganalla, lo fuese en defendella. Hizole también alcaide de Alora; de suerte que tenia á cargo ambas fuerzas, repartiendo el tiempo en ambas partes, y acudiendo siempre á la mayor necesidad. Lo mas ordinario residia en Alora, y allí tenia cincuenta escuderos hijos-dalgo, á los gajes del rey, para la defensa y seguridad de la fuerza; y este número nunca faltaba como los inmortales del rey Dario, que en muriendo uno ponía otro en su lugar. Tenian todos ellos tanta fe y fuerza en la virtud de su capitán, que ninguna empresa se les hacia difícil; y así no dejaban de ofender á sus enemigos y defenderse dellos, y en todas las escaramuzas que entraban salían vencedores, en lo cual ganaban honra y provecho, de que andaban siempre ricos. Pues una noche acabando de cenar, que hacia el tiempo muy sosegado, el alcaide dijo á todos ellos estas palabras:

«Paréceme, hijos-dalgo, señores y hermanos míos, que ninguna cosa despierta tanto los corazones de los hombres, como el continuo ejercicio de las armas, porque con él se cobra esperiencia en las propias, y se pierde miedo á las ajenas. Y desto no hay para qué yo traiga testigos de fuera; porque vosotros sois verdaderos testimonios. Digo esto, porque han pasado muchos dias que no hemos hecho cosa que nuestros nombres acrecienta, y sería yo de dar mala cuenta de mí y de mi oficio, si teniendo á cargo tan virtuosa gente y valiente compañía dejase pasar el tiempo en balde. Paréceme (si os parece), pues la claridad y seguridad de la noche nos convida, que será bien dar á entender á nuestros enemigos, que los valedores de Alora no duermen. Yo os he dicho mi voluntad, hágase lo que os pareciere.» Ellos respondieron que ordenase, que todos le seguirían. Y nombrando nueve dellos los hizo armar: y siendo armados, salieron por una puerta falsa que la fortaleza tenia, por no ser sentidos, y porque la fortaleza quedase á buen recaudo. Y yendo por su camino adelante, hallaron otro que se dividia en dos. El alcaide les dijo: «ya podría ser

que yendo todos por este camino se nos fuese la caza por este otro. Vosotros cinco os id por el uno, yo con estos cuatro me iré por el otro; y si acaso los unos toparen enemigos que no basten á vencer, toque uno su cuerno, y á la señal acudirán los otros en su ayuda.» Yendo los cinco escuderos por su camino adelante, hablando en diversas cosas, el uno dellos dijo: «teneos, compañeros, que ó yo me engaño, ó viene gente.» Y metiéndose entre una arboleda que junto al camino se hacia, oyeron ruido; y mirando con mas atencion vieron venir por donde ellos iban un gentil moro en un caballo ruano: él era grande de cuerpo, y hermoso de rostro, y parecia muy bien á caballo. Traía vestida una marlota de carmesi, y un alboroz de damasco del mismo color, todo bordado de oro y plata. Traía el brazo derecho regazado, y labrado en él una hermosa dama, y en la mano una gruesa lanza de dos hierros. Traía una adarga y eimitarra, y en la cabeza una toca tunecí, que dándole muchas vueltas por ella, le servia de hermosura y defensa de su persona. En este hábito venia el moro, mostrando gentil continente, y cantando un cantar que él compuso en la dulce membranza de sus amores, que decia:

Nacido en Granada,
Crinado en Cartama,
Enamorado en Coin,
Frontero de Alora.

Aunque á la música faltaba el arte, no faltaba al moro contentamiento; y como traía el corazon enamorado, á todo lo que decia daba buena gracia. Los escuderos, transportados en verle, erraron poco de dejarle pasar, hasta que dieron sobre él. Él viéndose saltado, con ánimo gentil volvió por sí, y estuvo por ver lo que harían. Luego, de los cinco escuderos los cuatro se apartaron, y el uno le acometió; mas, como el moro sabia mas de aquel menester, de una lanzada dió con él y con su caballo en el suelo. Visto esto de los cuatro que quedaban, los tres le acometieron, pareciéndoles muy fuerte: de manera que ya contra el moro eran tres cristianos que cada uno bastaba para diez moros, y todos juntos no podian con este solo. Allí se vió en gran peligro, porque se le quebró la lanza, y los escuderos le daban mucha priesa; mas fingiendo que huía, puso las piernas á su caballo, y arremetió al escudero que derribara; y como una ave se colgó de la silla, y le tomó su lanza, con la cual volvió á hacer rostro á sus enemigos, que le iban siguiendo pensando que huía, y dióse tan buena maña que á poco rato tenia de los tres los dos en el suelo. El otro que quedaba, viendo la necesidad de sus compañeros, tocó el cuerno, y fué á ayudarlos. Aquí se trabó fuertemente la escaramuza, porque ellos estaban afrontados de ver que un caballero les duraba tanto, y á él le iba mas que la vida en defenderse dellos. A esta hora le dió uno de los dos escuderos

pues lo fuera muy mayor tener ánimo para sufrir tan riguroso trance.»

Rodrigo de Narvaez quedó espantado y apiadado del extraño acontecimiento del moro; y pareciéndole que para su negocio ninguna cosa le podría dañar mas que la dilación, le dijo: «Abindarraez, quiero que veas que puede mas mi virtud que tu ruin fortuna: si tú me prometes como caballero de volver á mi prision dentro de tercero dia, yo te daré libertad para que sigas tu camino; porque me pesaria de atajarte tan buena empresa.» El moro, cuando lo oyó, se quiso de contento echar á sus piés, y le dijo: «Rodrigo de Narvaez, si vos esto haceis, habreis hecho la mayor gentileza de corazon que nunca hombre hizo, y á mi me dareis la vida; y para lo que pedis, tomad de mí la seguridad que quisiéredes, que yo lo cumpliré.» El alcaide llamó á sus escuderos, y les dijo: «señores, fiad de mí este prisionero, que yo salgo fiador de su rescate:» ellos dijeron que ordenase á su voluntad; y tomando la mano derecha entre las dos suyas al moro, le dijo: «vos prometéisme como caballero de volver á mi castillo de Alora á ser mi prisionero dentro de tercero dia?» El le dijo: «sí prometo. — Pues id con la buenaventura, y si para vuestro negocio tenéis necesidad de mi persona, ó de otra cosa alguna, también se hará.» Y diciendo que se lo agradecia, se fué camino de Coin á mucha prisa.»

Rodrigo de Narvaez y sus escuderos se volvieron á Alora, hablando en la valentía y buena manera del moro. Y con la prisa que el Abencerraje llevaba, no tardó mucho en llegar á Coin. Yéndose derecho á la fortaleza, como le era mandado, no paró hasta que halló una puerta que en ella habia, y deteniéndose allí, comenzó á reconocer el campo, por ver si habia algo de que guardarse, y viendo que estaba todo seguro, tocó en ella con el cuento de la lanza, que esta era la señal que le habia dado la dueña. Luego ella misma le abrió, y le dijo: «¿en qué os habeis detenido, señor mio, que vuestra tardanza nos ha puesto en gran confusion? Mi señora ha rato que os espera: apeaos, y subireis donde está.» El se apeó, y puso su caballo en lugar secreto, que allí halló; y dejando la lanza con su adarga y cimitarra, llevándole la dueña por la mano, lo mas paso que pudo, por no ser sentido de la gente del castillo, subió por una escalera hasta llegar al aposento de la hermosa Jarifa (que así se llamaba la dama). Ella, que ya habia sentido su venida, con los brazos abiertos le salió á recebir; ambos se abrazaron sin hablarse palabra del sobrado contentamiento. Y la dama le dijo: «¿en qué os habeis detenido, señor mio, que vuestra tardanza me ha puesto en gran congoja y sobresalto? — Mi señora, dijo él, vos sabeis bien que por mi negligencia no habrá sido; mas no siempre suceden las cosas como los hombres desean.» Ella le tomó por la mano, y le metió en una cámara secreta, y sentándose sobre una cama que en ella habia, le dijo: «he querido, Abindarraez, que veáis en cuál manera cumplen las cautivas de amor sus palabras; porque, desde el dia que os la di por prenda de mi corazon, he buscado aparejos para quitársela: yo os mandé venir á este mi castillo á ser mi prisionero, como yo lo soy vuestra, y haceros señor de mi persona, y de la hacienda de mi padre, debajo del nombre de esposo, aunque esto según entiendo, será muy contra su voluntad; que como no tiene tanto conocimiento de vuestro valor, y experiencia de vuestra virtud como yo, quisiera darme marido mas rico; mas yo, vuestra persona y mi contentamiento tengo por la mayor riqueza del mundo;» y diciendo esto bajó la cabeza, mostrando un cierto empaño de haberse descubierto tanto.

El moro la tomó entre sus brazos, y besándola muchas veces las manos por la merced que le hacia, la dijo: «señora mía, en pago de tanto bien como me habeis ofrecido, no tengo que daros, que no sea vuestro, sino sola esta

prenda, en señal que os recibo por mi señora y esposa;» y llamando á la dueña se desposaron. Y siendo desposados se acostaron en su cama, donde con la nueva esperiencia encendieron mas el fuego de sus corazones. En esta conquista pasaron muy amorosas obras y palabras, que son mas para contemplación que para escritura. Tras esto al moro vino un profundo pensamiento, y dejando llevarse del dió un gran suspiro. La dama, no pudiendo sufrir tan grande ofensa de su hermosura y voluntad, con gran fuerza de amor le volvió á sí, y le dijo: «qué es esto, Abindarraez? Parece que te has entristecido con mi alegría; yo te oigo sospirar revolviendo el cuerpo á todas partes, pues si yo soy todo tu bien y contentamiento, como me decias, ¿por quién sospiras? Y si no lo soy ¿por qué me engañaste? Si has hallado alguna falta en mi persona, pon los ojos en mi voluntad, que basta para encubrir muchas; y si sirves otra dama, dime quién es para que la sirva yo; y si tienes otro dolor secreto de que yo no soy ofendida, dimelo, que ó yo moriré ó te libraré del.» El Abencerraje, corrido de lo que habia hecho, y pareciéndole que no declararse era ocasion de gran sospecha, con un apasionado suspiro dijo: «señora mía, si yo no os quisiera mas que á mí, no hubiera hecho este sentimiento; porque el pesar que conmigo traia, sufríale con buen ánimo cuando iba por mí solo; mas ahora, que me obliga á apartarme de vos, no tengo fuerzas para sufrirlo; y así entenderéis que mis suspiros se causan mas de sobra de lealtad que de falta della; y porque no estéis mas suspensa sin saber de qué, quiero deciros lo que pasa.» Luego le contó todo lo que habia sucedido; y al cabo la dijo: «de suerte, señora, que vuestro cautivo lo es también del alcaide de Alora: yo no siento la pena de la prision, que vos enseñasteis mi corazon á sufrir; mas vivir sin vos tendria por la misma muerte.» La dama con buen semblante le dijo: «no te congojes, Abindarraez, que yo tomo el remedio de tu rescate á mi cargo; porque á mí me cumple mas; yo digo así, que cualquier caballero que diere la palabra de volver á la prision, cumplirá con enviar el rescate que se le puede pedir; y para esto ponedle vos mismo el nombre que quisiéredes, que yo tengo las llaves de la riqueza de mi padre, y yo os las pondré en vuestro poder: envid de todo ello lo que os pareciere. Rodrigo de Narvaez es buen caballero, y os dió una vez libertad, y le fiastes este negocio, que le obliga ahora á usar de mayor virtud: yo creo que se contentará con esto, pues teniéndos en su poder ha de hacer lo mismo.» El Abencerraje le respondió: «bien parece, señora mía, que lo mucho que me quereis no os deja que me aconsejéis bien: por cierto no caeré yo en tan gran yerro; porque, si cuando venia á verme con vos, que iba por mí solo, estaba obligado á cumplir mi palabra, ahora que soy vuestro se me ha doblado la obligacion. Yo volveré á Alora y me pondré en las manos del alcaide della, y tras hacer yo lo que debó, haga él lo que quisiere. — Pues nunca Dios quiera, dijo Jarifa, que yendo vos á ser preso quede yo libre: pues no lo soy yo, quiero acompañaros en esta jornada, que ni el amor que os tengo, ni el miedo que he cobrado á mi padre de haberle ofendido, me consentirán hacer otra cosa.» El moro llorando de contentamiento la abrazó y le dijo: «siempre vais, señora mía, acrecentándome las mercedes; hágase lo que vos quisiéredes, que así lo quiero yo.»

Y con este acuerdo, aparejando lo necesario, otro dia de mañana se partieron, llevando la dama el rostro cubierto por no ser conocida. Pues yendo por su camino adelante hablando de diversas cosas, toparon un hombre viejo; la dama le preguntó dónde iba, él la dijo: «voy á Alora á negocios que tengo con el alcaide della, que es el mas honrado y virtuoso caballero que yo jamás vi.» Jarifa se holgó mucho de oír esto, pareciéndole que pues todos hallaban tanta virtud en este caballero, que también la hallarian ellos, que tan necesitados estaban della.

Y volviendo al caminero, le dijo: «decid, hermano, ¿sabeis vos dese caballero alguna cosa que haya hecho notable? — Muchas sé, dijo él, mas contaros he una por donde entenderéis todas las demás. Este caballero fué primero alcaide de Antequera, y allí anduvo mucho tiempo enamorado de una dama muy hermosa, en cuyo servicio hizo mil gentilezas, que son largas de contar; y aunque ella conocia el valor deste caballero, amaba á su marido tanto, que hacia poco caso dél. Aconteció así, que un dia de verano, acabando de comer, ella y su marido se bajaron á una huerta que tenían dentro de casa, y él llevaba un gavilán en la mano, y lanzándole á unos pájaros, ellos huyeron, y fuéronse á acoger á una zarza; y el gavilán como astuto, tirando el cuerpo afuera, metió la mano y sacó y mató muchos dellos. El caballero le cebó y volvió á la dama, y la dijo: «¿qué os parece, señora, de la astucia con que el gavilán encerró los pájaros y los mató? Pues hágoos saber, que cuando el alcaide de Alora escaramuza con los moros, así los sigue, y así los mata.» Ella fingiendo no le conocer, le preguntó quién era? Es el mas valiente y virtuoso caballero que yo hasta hoy vi; y comenzó hablar dél muy altamente, tanto que á la dama le vino un cierto arrepentimiento, y dijo: «¿pues cómo, los hombres están enamorados deste caballero, y que no lo esté yo dél, estándolo él de mí! Por cierto yo estaré bien disculpada de lo que por él hiciera, pues mi marido me ha informado de su derecho.» Otro dia adelante se ofreció que el marido fué fuera de la ciudad, y no pudiendo la dama sufrirse en sí, envióle á llamar con una criada suya. Rodrigo de Narvaez estuvo en poco de tornarse loco de placer aunque no dió crédito á ello, acordándose de la aspereza con que siempre le habia tratado; mas con todo eso, á la hora concertada, muy á recaudo, fué á ver la dama que le estaba esperando en un lugar secreto; y allí ella echó de ver el yerro que habia hecho, y la vergüenza que pasaba en requerir á aquel de quien tanto tiempo habia sido requerida. Pensaba también en la forma que descubre todas las cosas; temia la inconstancia de los hombres, y la ofensa del marido; y todos estos inconvenientes, como suelen, aprovecharon para vencerla mas, y pasando por todos ellos le recibió dulcemente y le metió en su cámara, donde pasaron muy dulces palabras; y en fin dellas le dijo: «señor Rodrigo de Narvaez, yo soy vuestra de aquí adelante, sin que en mi poder quede cosa que no lo sea; y esto no lo agradezcáis á mí; que todas vuestras pasiones y diligencias, falsas ó verdaderas, os aprovecharan poco conmigo; mas agradeceedlo á mi marido, que tales cosas me dijo de vos, que me han puesto en el estado que agora estoy.» Tras esto le contó cuanto con su marido habia pasado, y al cabo le dijo: «y cierto, señor, vos debéis á mi marido mas que él á vos.» Pudieron tanto estas palabras con Rodrigo de Narvaez, que le causaron confusion y arrepentimiento del mal que hacia á quien dél decia tantos bienes; y apartándose afuera, dijo: «por cierto, señora, yo os quiero mucho, y os querré de aquí adelante; mas nunca Dios quiera que á hombre, que tan aficionadamente ha hablado de mí, haga yo tan cruel daño; antes de hoy mas he de procurar la honra de vuestro marido, como la mia propia, pues en ninguna cosa le puedo pagar mejor el bien que de mí dijo:» y sin aguardar mas, se volvió por donde habia venido. La dama debió de quedar burlada; y cierto, señores, el caballero, á mi parecer, usó de gran virtud y valentía, pues venció su misma voluntad.»

El Abencerraje y su dama quedaron admirados del cuento; y alabándole mucho, él dijo, que nunca mayor virtud habia visto de hombre. Ella respondió: «por Dios, señor, yo no quisiera servidor tan virtuoso; mas él debia estar poco enamorado, pues tan presto se salió afuera, y pudo mas con él la honra del marido, que la hermosura de la mujer:» y sobre esto dijo otras muy graciosas palabras.

Luego llegaron á la fortaleza, y llamando á la puerta, fué abierta por los guardas, que ya tenían noticia de lo pasado; y yendo un hombre corriendo á llamar al alcaide, le dijo: señor, en el castillo está el moro que venciste, y trae consigo una gentil dama. Al alcaide le dió el corazon lo que podia ser, y bajó abajo. El Abencerraje, tomando á su esposa de la mano, se fué á él, y le dijo: «Rodrigo de Narvaez, mira si te cumplo bien mi palabra, pues te prometí traer un preso, y te traigo dos, que el uno basta para vencer otros muchos; ves aquí mi señora; juzga si he padecido con justa causa; recibenos por tuyos, que yo fio mi señora y mi honra de ti.» Rodrigo de Narvaez holgó mucho de verlos, y dijo á la dama: «yo no sé cuál de vosotros debe mas al otro, mas yo debó mucho á los dos. Entrad y reposareis en esta vuestra casa, y tenedla de aquí adelante por tal, pues lo es su dueño.» Y con esto se fueron á un aposento que les estaba aparejado, y de ahí á poco comieron, porque venian cansados del camino. Y el alcaide preguntó al Abencerraje: «señor, ¿qué tal venis de las heridas? — Pareceme, señor, que con el camino las traigo enconadas, y con algún dolor.» La hermosa Jarifa, muy alterada, dijo: «¿qué es esto, señor? ¿heridas tenéis vos de que yo no sepa? — Señora, quien escapó de las vuestras, en poco terná otras; verdad es que de la escaramuza de la otra noche saqué dos pequeñas heridas, y el camino y no haberme curado me habrán hecho algun daño. — Bien será, dijo el alcaide, que os acosteis, y verná un zurujano que hay en el castillo.» Luego la hermosa Jarifa le comenzó á desnudar con grande alteracion, y viniendo el maestro y viéndole, dijo que no era nada, y con unguento que le puso le quitó el dolor; y de ahí á tres dias estuvo sano.

Un dia acaeció que acabando de comer el Abencerraje, dijo estas palabras: «Rodrigo de Narvaez, según eres discreto, en la manera de nuestra venida entenderás lo demás: yo tengo esperanza que este negocio, que está tan dañado, se ha de remediar por tus manos. Esta dueña es la hermosa Jarifa, de quien te hube dicho es mi señora y mi esposa; no quiso quedar en Coin, de miedo de haber ofendido á su padre; todavia se teme deste caso; bien sé que por tu virtud te ama el rey, aunque eres cristiano; suplicote alcances dél que nos perdone su padre, por haber hecho esto sin que él lo supiese, pues la fortuna lo trajo por este camino.» El alcaide les dijo: «consolaos, que yo os prometó de hacer en ello cuanto pudiere, y tomando tinta y papel escribió una carta al rey, que decia así:

Carta de Rodrigo de Narvaez, alcaide de Alora, para el rey de Granada.

«Muy alto y muy poderoso rey de Granada: Rodrigo de Narvaez, alcaide de Alora, tu servidor, beso tus reales manos, y digo así: que el Abencerraje Abindarraez el mozo, que nació en Granada, y se crió en Cartama en poder del alcaide della, se enamoró de la hermosa Jarifa, su hija; después tú, por hacer merced al alcaide, le pasaste á Coin; los enamorados, por asegurarse, se desposaron entre sí, y llamado él por ausencia del padre, que contigo tienes, yendo á su fortaleza, yo le encontré en el camino, y en cierta escaramuza que con él tuve, en que se mostró muy valiente, le gané por mi prisionero; y contándome su caso, apiadándome dél le hice libre por dos dias. El se fué á ver con su esposa, de suerte que en la jornada perdió la libertad y ganó el amigo. Viendo ella que el Abencerraje volvía á mi prision, se vino con él, y así están agora los dos en mi poder. Suplicote que no te ofenda el nombre de Abencerraje, que yo sé que este y su padre fueron sin culpa en la conjuracion que contra tu real persona se hizo; y en testimonio dello viven. Suplico á tu real Alteza, que el remedio de estos tristes se reparta entre ti y mí: yo les perdonaré el rescate

y los soltaré graciosamente ; solo harás tú que el padre della los perdone y reciba en su gracia ; y en esto cumplirás con tu grandeza , y harás lo que della siempre esperé .»

Escripía la carta , despachó un escudero con ella , que llegado ante el rey se la dió : el cual , sabiendo cuya era , se holgó mucho , que á este solo cristiano amaba por su virtud y buenas maneras . Y como la leyó , volvió el rostro al alcaide de Coin , que allí estaba , y llamándole aparte le dijo : « lee esta carta , que es del alcaide de Alora : » y leyéndola recibió grande alteracion . El rey le dijo : « no te congojes , aunque tengas por qué ; sábeta que ninguna cosa me pedirá el alcaide de Alora que yo no lo haga ; y así te mando que vayas luego á Alora y te veas con él , y perdones tus hijos , y los llesves á tu casa , que en pago deste servicio , á ellos y á ti haré siempre merced .» El moro lo sintió en el alma ; mas viendo que no podia pasar el mandato del rey , volvió de buen continente , y dijo que así lo haría como su Alteza lo mandaba ; y luego se partió á Alora , donde ya sabian del escudero todo lo que habia pasado , y fué de todos recibido con mucho regocijo y alegría .

El Abencerraje y su hija parecieron ante él con harta vergüenza , y le besaron las manos . El los recibió muy bien , y les dijo : « no se trata aquí de cosas pasadas ; yo os perdono haberos casado sin mi voluntad , que en lo demás , vos , hija , escogisteis mejor marido que yo os pudiera dar .» El alcaide todos aquellos dias les hacia muchas fiestas ; y una noche , acabando de cenar en un jardín , les dijo : « yo tengo en tanto haber sido parte para que este negocio haya venido á tan buen estado , que ninguna cosa me pudiera hacer mas contento ; y así digo , que solo la honra de haberos tenido por mis prisioneros quiero por rescate de la prision . De hoy mas , vos , señor Abindarraez , sois libre de mi para hacer de vos lo que quisieredes .» Ellos le besaron las manos por la merced y bien que les hacia , y otro dia por la mañana partieron de la fortalesa , acompañándolos el alcaide parte del camino .

Estando ya en Coin gozando sosegada y seguramente el bien que tanto habian deseado , el padre les dijo : « hijos , agora , que con mi voluntad sois señores de mi hacienda , es justo que mostreis el agradecimiento que á Rodrigo de Narvaez se debe por la buena obra que os hizo ; que por haber usado con vosotros de tanta gentileza no ha de perder su rescate , antes le merece muy mayor ; yo os

quiero dar seis mil doblas zabenos ; enviádselas , y tenedle de aquí adelante por amigo , aunque las leyes sean diferentes .» Abindarraez le besó las manos ; y tomándolas , con cuatro muy hermosos caballos y cuatro lanzas con los hierros y cuentos de oro , y otras cuatro adargas , las envió al alcaide de Alora , y le escribió así :

Carta del Abencerraje Abindarraez al alcaide de Alora .

« Si piensas , Rodrigo de Narvaez , que con darme libertad en tu castillo para venirme al mio me dejaste libre , engañaste ; que cuando libertaste mi cuerpo prendiste mi corazon . Las buenas obras prisiones son de los nobles corazones ; y si tú por alcanzar honra y fama acostumbrabas hacer bien á los que podrias destruir , yo por parecer á aquellos donde vengo , y no degenerar de la alta sangre de los Abencerrajes , antes coger y meter en mis venas toda la que dellos se vertió , estoy obligado á agradecerlo y servirlo : recibirás en ese breve presente la voluntad de quien le envía , que es muy grande , y de mi Jarifa otra tan limpia y leal , que me contento yo della .»

El alcaide tuvo en mucho la grandeza y curiosidad del presente , y recibiendo dél los caballos , lanzas y adargas , escribió á Jarifa así :

Carta del alcaide de Alora á la hermosa Jarifa .

« Hermosa Jarifa : no ha querido Abindarraez dejarme gozar del verdadero triunfo de su prision , que consiste en perdonar y hacer bien ; y como á mi en esta tierra nunca se me ofreció empresa tan generosa , ni tan digna de capitán español , quisiera gozarla toda y labrar della una estatua para mi posteridad y descendencia . Los caballos y armas recibí yo , para ayudarle á defender de sus enemigos ; y si en enviarme el oro se mostró caballero generoso , en recibirlo yo pareciera cobdicioso mercader . Yo os sirvo con ello en pago de la merced que me hicistes en serviros de mí en mi castillo ; y también , señora , yo no acostumbro á robar damas , sino servir las y honrarlas .»

Y con esto les volvió á enviar las doblas . Jarifa las recibió y dijo : « quien pensare vencer á Rodrigo de Narvaez en armas y cortesía , pensará mal .»

Destá manera quedaron los unos de los otros muy satisfechos y contentos , y trabados con estrecha amistad , que les duró toda la vida .

FIN DE LA HISTORIA DEL ABENCERRAJE Y LA HERMOZA JARIFA , DE ANTONIO DE VILLEGAS .

GUERRAS CIVILES DE GRANADA ,

POR GINES PEREZ DE HITA .

PARTE PRIMERA .

HISTORIA DE LOS BANDOS DE ZEGRÍES Y ABENCERRAJES , CABALLEROS MOROS DE GRANADA ; DE LAS CIVILES GUERRAS QUE HUBO EN ELLA Y BATALLAS PARTICULARES QUE HUBO EN LA VEGA ENTRE MOROS Y CRISTIANOS , HASTA QUE EL REY DON FERNANDO EL QUINTO LA GANÓ : AHORA NUEVAMENTE SACADO DE UN LIBRO ARÁBIGO , CUYO AUTOR DE VISTA FUÉ UN MORO LLAMADO ABEN HAMIN , NATURAL DE GRANADA , TRATANDO DESDE SU FUNDACION , TRADUCIDO EN CASTELLANO POR GINÉS PEREZ DE HITA , VECINO DE LA CIUDAD DE MURCIA .

CAPITULO PRIMERO .

En que se trata de la fundacion de Granada , y los reyes que hubo en ella , con otras muchas cosas tocantes á la historia .

La inelita y famosa ciudad de Granada fué fundada por una muy hermosa doncella , hija ó sobrina del rey Hispán . Fué su fundacion en una bella y espaciosa vega , junto de una sierra llamada Elvira , porque tomó el nombre de la fundadora infanta , la cual se llamaba Liberia , dos leguas de donde ahora está , junto de un lugar que se llamaba Arbuler , que en arábigo se decia Arbulut . Después de pasados algunos años , les pareció á los fundadores della que no estaban allí bien por ciertas causas , y fundaron la ciudad en la parte donde ahora está , junto á Sierra-Nevada , en medio de dos hermosos rios , llamado el uno Jenil y el otro Darro , los cuales son de la nieve que se derrite en la sierra . De Darro se coge oro muy fino , de Jenil plata ; y no es fábula , que yo el autor desta relacion lo he visto coger . Fundóse aquí esta insigne ciudad encima de tres cerros , como hoy se parece , adonde se fundaron tres castillos : el uno está á la vista de la hermosa vega y el rio Jenil , la cual vega tiene ocho leguas de largo y cuatro de ancho , y por ella atraviesan otros dos rios , aunque no muy grandes : el uno se dice Veiro y el otro Monachil . Comiénzase la vega desde la falda de la Sierra-Nevada , y vá hasta la fuente del Pino , y pasa mas adelante de un gran soto , que se llama el Soto de Roma , y esta fuerza se nombra Torres-Bermejas . Hizose allí una gran poblacion llamada el Antequeruela . La otra fuerza ó castillo está en otro cerro junto á este , un poco mas alto , la cual se llamó la Alhambra , casa muy fuerte , y aquí hicieron los reyes su casa real . La otra fuerza se hizo en otro cerro , no lejos del Alhambra , y llamóse Albaicin , donde se hizo gran poblacion . Entre el Albaicin y el Alhambra pasa por lo hondo el rio Darro , haciendo una ribera de árboles agradables .

A esta fundacion no la llamaron los moradores della Iliberia como la otra , sino Granata , respecto á que en una cueva junto á Darro fué hallada una hermosa doncella que se decia Granata , y por eso se llamó la ciudad así ; y después de corrompido el vocablo se llamó Granada . Otros dicen , que por la muchedumbre de las casas y la espesura que habia en ellas , que estaban juntas como los granos de la granada , y la nombraron así . Hizose esta ciudad famosa , rica y populosa , hasta el infeliz tiempo en que el rey don Rodrigo perdió á España , lo cual no se declara por no ser á propósito de nuestra historia : solo diremos ,

cómo después de perdida España hasta las Asturias y confines de Vizcaya , siendo toda ella ocupada de moros , traídos por aquellos dos bravos caudillos y generales , el uno llamado el Tarif , y el otro Muza ; asimismo quedó la famosa Granada ocupada de moros , y llena de gente de Africa . Mas hállese una cosa : que de todas las naciones moras que vinieron á España , los caballeros mejores y principales , y los mas señalados de aquellos que siguieron al general Muza se quedaron en Granada , y la causa fué su hermosura y fertilidad , pareciéndoles bien su gran riqueza , asiento y fundacion ; aunque el capitán Tarif estuvo muy bien con la ciudad de Córdoba , y su hijo Balagis con Sevilla , de donde fué rey , como dice la crónica del rey don Rodrigo . Mas yo no he hallado que en la ocupacion de Córdoba , de Toledo , Sevilla , Valencia , Murcia , ni otras ciudades poblases tan nobles ni tan principales caballeros , ni tan buenos linajes de moros como en Granada ; para lo cual es menester nombrar algunos destes linajes , y de donde fueron naturales , aunque no se digan ni declaren todos , por no ser prolijo .

Poblada Granada de las gentes mejores del Africa , no por eso dejó la insigne ciudad de pasar adelante con sus muy grandes y soberbios edificios , porque siendo gobernada de reyes de valor y muy curiosos , que en ella reinaron , se hicieron grandes mezquitas y muy ricas cercas , fuertes muros y torres , porque los cristianos no la tornasen á ganar ; y hicieron muy fuertes castillos , y los reedificaron fuera de las murallas como hoy dia parecen . Hicieron el castillo de Bibatambien , fuerte con su cava y puente levadiza . Hicieron las torres de la puerta Elvira , y las del Alcazaba y plaza de Vibalbulut , y famosa torre del Aceituno , que está camino de Guadix , y otras muchas cosas dignas de memoria , como se dirá en nuestro discurso . Bien pudiera traer aquí los nombres de todos los reyes moros que gobernaron y reinaron en esta insigne ciudad , y los califas , y aun los de toda España ; mas por no gastar tiempo , no diré sino de los reyes moros que por su orden la gobernaron , y fueron conocidos por reyes de ella , dejando aparte los califas pasados y señores que hubo , siguiendo á Estebán Garibay y á Camalao .

El primer rey moro que Granada tuvo se llamó Mahomad Alhamar ; este reinó en ella veinte y nueve años y mas meses ; acabó año de 1262 . El segundo rey de Granada se llamó , así como su padre , Mahomad Mir Almuzmelin . Este labró el castillo del Alhambra , muy rico y fuerte , como hoy se parece ; reinó treinta y seis años